

El Libertario

Mario Wschebor *

Sociólogo, escritor, periodista, profesor universitario, polemista, Alfredo fue desde su adolescencia un militante libertario. Honrar su memoria, me parece, es explicar ésa su condición esencial, esa práctica que ejerció con devoción durante toda la segunda mitad del siglo XX y que dio continuidad y coherencia a su vida desde que tuvo uso de razón.

El eje de su pensamiento y de su acción estuvo vinculado, desde el principio hasta el final, a una visión anarquista clásica de la cuestión del poder. Esto se reflejó, sin duda y antes que nada, en su resistencia a las injusticias del capitalismo y de la acción de los Estados en los que le tocó vivir. Siempre fue considerado, y vaya que lo era, como un enemigo del sistema político vigente. Enfático, polemista temible, nunca utilizó la violencia física para defender sus opiniones o imponer sus puntos de vista.

Con el paso de los años, la rebeldía juvenil contra la injusticia se mezcló con la sutileza y el saber del profesor de Sociología, sin que hubiera perdido el ardor y la frescura y sobre todo, la indignación. Aunque naturalmente, el debate sobre la cuestión del poder se manifestó de manera especial en el seno de la izquierda, en la que militó siempre y cuyos conflictos vivió intensamente.

En lo que podríamos llamar el terreno estrictamente ideológico, Alfredo Errandonea se sentía parte de la discusión que se prolongaba desde mediados del siglo XIX en los movimientos revolucionarios sobre la relación entre el individuo, el Estado y los partidos políticos, sobre reforma y revolución, sobre poder e iniciativa social. El mundo había cambiado y nos había

cambiado, aunque probablemente los dilemas fundamentales en estas materias eran bastante parecidos.

La tenacidad de Alfredo en torno a los principios básicos, en torno a cuestiones doctrinarias, solía suscitar naturalmente la impaciencia de muchos de sus interlocutores. Al fin y al cabo, le dijeron tantas veces, la Historia hace lo suyo con prescindencia de los debates apasionados de los pequeños círculos interesados en la evolución de las ideas. Siempre le vi un rechazo a ese pragmatismo que escuda la búsqueda de la influencia y del poder por sí mismo y que su olfato libertario supo detectar antes que otros.

El movimiento anarquista se había debilitado en todos los frentes y en todos los países, en los sindicatos, en la vigencia de sus ideas entre los jóvenes. Si bien ello había ocurrido a lo largo de un período prolongado, desde el último tercio del siglo XIX, la tragedia de la guerra de España había contribuido decisivamente a quitarle perspectivas y ello tuvo una influencia particular en nuestros países.

Cuando Alfredo comenzó a militar como estudiante, hacia mediados de la década de 1950, primero en la Federación de Estudiantes del Interior (FEI) y luego en la Federación de Estu-

* Matemático — wschebor@cmat.edu.uy

diantes Universitarios del Uruguay (FEUU), si bien los anarquistas habían perdido mucho peso en el movimiento sindical – un movimiento basado fundamentalmente en la clase obrera industrial – conservaban una influencia considerable en algunos gremios poderosos, por su número y por su papel en la economía y en la sociedad: la Federación de la Industria de la Carne y Afines, el Sindicato de Artes Gráficas y el Sindicato de FUNSA. En el movimiento estudiantil uno encontraba militantes anarquistas aunque, en mi opinión, el peso real de sus ideas iba bastante más allá de su número y de su precaria organización; las opiniones dominantes en la mayoría de los militantes, que no eran anarquistas, solían ser muy próximas en estilo y en espíritu a la de los militantes libertarios: obstinada defensa de la participación, rechazo a toda forma de autoritarismo político; eso nos enfrentaba con el verticalismo estructural e ideológico de “los bolches”, sumergidos en una organización stalinista que funcionaba como una verdadera secta. Y sobre todo, la gran desconfianza hacia toda actividad política, itinerario hacia el poder, fuente de los apetitos que teníamos el deber de combatir.

Es la época del Tercerismo, del cual el movimiento estudiantil uruguayo fue un exponente significativo, anti-capitalista y anti-imperialista y, con el mismo vigor, opuesto al régimen soviético, a su expansión imperial y a sus representantes locales. Una gran parte de la energía del movimiento estudiantil estaba enfocada a los temas de la política internacional, a establecer el paralelismo entre la intervención norteamericana en Guatemala para derrocar al gobierno de Jacobo Arbenz (1954) y la intervención soviética en Hungría, para hacer lo propio con Imre Nagy (1956).

En 1958 Alfredo fue nombrado Secretario General de la FEUU y ese fue el año de la gran huelga por la Ley Orgánica universitaria. El proyecto de ley había sido preparado durante un largo período de más de 5 años de discusión interna en la Universidad. Desde el punto de vista de la mayoría de los militantes, los temas universitarios propiamente dichos ocupaban hasta entonces un lugar secundario. Sin embargo, la huelga encendió una cadena de

reacciones sociales y políticas sin precedentes en la historia del país. La alianza con los sindicatos obreros, la sensación de fragilidad del sistema político y sobre todo, la espontánea participación de miles de jóvenes en un movimiento de este tipo, sin que los partidos políticos tuvieran intervención alguna en la definición de su estrategia o de su organización, parecían la imagen perfecta de un movimiento contra el poder, desde la pura base. Uno podía tener la impresión de que estaba frente a la materialización histórica, ante sus propios ojos, de las polémicas clásicas entre marxistas y anarquistas acerca del tema de la Huelga General.

No es éste el lugar para interpretar esos hechos desde la mirada actual. Lo cierto es que para Alfredo, ese período de su juventud fue de una plenitud incomparable. Varias décadas después, en un apasionado debate retrospectivo sobre ese pasado, le escuché decir que la Federación de Estudiantes de esa época era la organización más democrática y participativa de nuestra historia.

Corpulento, impulsivo y apasionado, en la cabeza de algunos, tenía en esa época una imagen que poco se relacionaba con la realidad. En el seno de los grupos a los que perteneció, profesionales, gremiales o políticos, tenía una gran influencia, era muy organizado, con una capacidad de trabajo sin límites. Se le encontraba, después de largas vigiliadas, tecleando con dos dedos en su vieja máquina de escribir marca Remington, extensos y detallados informes que eran la osatura de las opiniones y posiciones más diversas.

Puesta en vigencia la ley a fines de 1959, Alfredo fue electo en la primera delegación estudiantil al Consejo Directivo Central. Eso también implicó para él un cambio personal importante: para cumplir esa función se convirtió en un experto en la cuestión universitaria e hizo la amalgama entre su condición militante y la reflexión sobre la actividad intelectual, a la que habría de dedicar más tarde su vida profesional.

A partir de 1960, la irrupción de la Revolución Cubana y su identificación con el bloque soviético, trajo como consecuencia una gran ex-

pansión de la influencia de los comunistas en la izquierda del continente, también en el Uruguay, a lo cual no quedó ajeno el movimiento estudiantil. Mientras permaneció en él y después en las otras esferas de su actividad, Alfredo continuó combatiendo por los mismos principios, en condiciones cada vez más estrechas, dada la expansión de un dogmatismo fácil y exitista, el polo opuesto de su manera de ver las cosas.

También hubo modificaciones en el movimiento anarquista uruguayo, que deben considerarse efectos colaterales del mismo proceso. Algunos grupos de anarquistas intentaron una amalgama de sus ideas tradicionales con el marxismo y se organizaron como partidos políticos. Pero Alfredo no los acompañó: su rechazo a la posibilidad de que el poder estatal pudiera constituirse en un instrumento de liberación social se mantuvo sin cambios.

A partir de la recuperación democrática en 1985, Alfredo Errandonea pasó a ser un sociólogo de dos orillas. Había establecido lazos personales y profesionales en Buenos Aires y hacía regularmente el vaivén. En Montevideo tuvo una influencia importante para la creación de la Facultad de Ciencias Sociales y debió abordar luchas nuevas, que para él también tenían sabores viejos. Cuando nos encontramos nuevamente, y ahora no se trataba de la sociedad entera, sino solamente de la universidad, comprobé su rechazo a los nuevos estilos de la real-politik, adaptaciones de las viejas maneras de acercarse a la tibieza del poder, a veces disfrazadas de consideraciones doctrinarias, pero que herían de igual manera su sensibilidad libertaria y principista. Esto le generaba un toque amargo, porque la universidad era ésa que él había contribuido a soñar en aquellos años.

Sin embargo, y aquí estaba sin duda el viejo luchador que escudriña el horizonte para detectar la resistencia al poder establecido, al mismo tiempo, algunas veces que conversamos sobre los nuevos problemas de la sociedad actual, hablaba con optimismo de los movimientos de rechazo al poder concentrado y a la globalización controlada por los dueños del mundo, todavía incipientes y con rumbo incierto, pero que expresaban una corriente profunda y quizá duradera. Allí vio el aliento para el renacimiento de sus ideas anarquistas, la búsqueda de la libertad bajo nuevas formas y respondiendo a nuevas situaciones.

Ahora que recuerdo esos brillos de esperanza que aparecían en algunos de nuestros diálogos, también me viene que a lo largo de décadas, en aquellos debates que para algunos parecían estar fuera de la vida real, las objeciones principales a los puntos de vista de Alfredo aludían a su falta de programa y a la imposibilidad de dar contenido a esas ideas en la práctica social. Los stalinistas solían expresarlo mediante la clásica fórmula de que esas ideas irían a dar «al basurero de la Historia», lo que, en todo caso, nos recuerda una vez más, cuán conveniente suele ser la prudencia cuando predecimos el destino de nuestros adversarios.

Alfredo nos enseñó a desconfiar del poder, a elegir, a decidir por nosotros mismos, sin Dios ni César. A principios de 2001, en un mensaje colectivo a sus amigos, dijo que le habían anunciado que estaba enfermo y que debía luchar para vivir. Eso hizo una vez más, con el mismo regimiento unipersonal, sin grados ni jerarquías, que había utilizado en todos sus combates. Esa última batalla duró ocho meses, pero la otra, la que le llevó toda la vida, no creo que finalice, ni que deje de tenerlo presente.